

EL REINO DE DIOS I

El Señor ha estado tratando conmigo en los últimos meses la realidad del reino de Dios. Es algo que ha estado en mi corazón por mucho tiempo, un pensamiento recurrente, diría yo, así que hoy voy a compartir con ustedes algunos pequeños pensamientos que han subido a mi corazón.

El Señor me hizo ver:

- Que la predicación de Juan el Bautista, que caminó delante del Señor para preparar Su camino era: *“Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 3:2).
- Que en el momento que Jesús comenzó Su ministerio, Su predicación era:
 - *“Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 4:17).
 - *“El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepiéntanse y crean en el evangelio”* (Marcos 1:15).
 - *“...Jesús comenzó a recorrer las ciudades y aldeas, proclamando y anunciando las buenas nuevas (el evangelio) del reino de Dios”* (Lucas 8:1).
- Que después también fue la predicación de sus discípulos:
 - *“A estos doce envió Jesús después de instruirlos, diciendo: No vayan por el camino de los Gentiles ni entren en ninguna ciudad de los Samaritanos. Sino vayan más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y cuando vayan, prediquen diciendo: El reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 10:5-7)

En Mateo vemos a Jesús iniciar predicando la llegada del reino de Dios al norte de Jerusalén, tal como Isaías lo había profetizado. *“Pero no habrá más oscuridad (8:22) para la que estaba en angustia. Como en tiempos pasados Él trató con desprecio a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí, pero después la hará gloriosa por el camino del mar al otro lado del Jordán, Galilea de los Gentiles (de las naciones). El pueblo que andaba en tinieblas ha visto gran luz; a los que habitaban en tierra de sombra de muerte, la luz ha resplandecido sobre ellos”* (Isaías 9:1-2).

Me encanta la frase *“no habrá más oscuridad ”* porque eso es precisamente lo que hace la llegada del reino de Dios, saca la oscuridad de la tierra y el pueblo que anda en tinieblas ve gran luz y los que moran en tierra de sombra de muerte, luz resplandece sobre ellos.

Voy a interrumpirme un momento aquí para decir algo que para mí es absolutamente necesario, tremendamente relevante. El Señor me advirtió que era necesario que yo me diera por aludida cuando leyera cosas como “no habrá más oscuridad”, “pueblo que andaba en tinieblas”, “los que moraban en tierra de sombra de muerte”. Yo tenía que entender que esto me estaba hablando a mí. ¿Me explico? Que en mí es donde hay oscuridad. Que el pueblo que anda en tinieblas soy yo. Que el que mora en tierra de sombra de muerte soy yo. Porque así de real debe ser la llegada del reino de Dios a mi alma. Para que así de real fuera el efecto del reino de Dios en mi alma.

Por favor, no se ofendan porque comparto esto con ustedes e indirectamente les estoy haciendo la misma advertencia. Me he topado con gente que lo que oye o lo que lee siempre es para alguien más, nunca para sí mismos. No creen necesario que se les predique del reino de Dios (por ejemplo), porque creen que por leerlo y entenderlo es una realidad obrando en sus corazones. ¡Lo sé, yo estuve ahí! Otros jamás se describirían como un lugar donde hay oscuridad, como el “pueblo que anda en tinieblas”, o como parte de los que moran “en tierra de sombra y muerte”. ¡Lo sé, yo era una de esas! Puede que algunos juzguen que sus vidas no han sido tan malas en comparación con otras... Pues déjenme decirles que sí, porque aquí no se está hablando de estilos de vida buenos o malos, sino de algo mucho más serio, más profundo y más real que el comportamiento humano. Estamos hablando de dos reinos, el reino de las tinieblas y el reino de la luz. Del reino en que nacemos naturalmente y del reino al que estamos siendo invitados a entrar espiritualmente.

Bien, volvamos a lo que estábamos diciendo. Sí, cuando el reino de Dios llega la oscuridad es sacada de la tierra en la misma medida que la luz es vista y resplandece en el corazón. Más adelante Marcos enfatiza algo diciendo: “*El tiempo se ha cumplido*”, algo así como la hora ha llegado, ya no hay más allá, el reino de Dios finalmente ha aparecido. ¡Sí! El reino de Dios que había sido profetizado una y otra vez por los profetas había llegado.

Hay una palabra que se repite en los pasajes: “*arrepíentanse*”. Sí, la llegada del reino de Dios demanda arrepentimiento. La experiencia de la realidad del reino de Dios en el corazón del creyente demanda arrepentimiento. Demanda que nos volvamos del reino en que nacimos por naturaleza. Demanda que nos volvamos del reino del hombre adámico, del yo, del reino en el que opera el espíritu de desobediencia. Demanda que, en palabras de Pablo, dejemos atrás lo que Dios ha dejado atrás y nos extendamos hacia lo que Él ha establecido.

La experiencia del nuevo nacimiento es la llegada del reino de Dios al corazón del creyente. El nuevo nacimiento es mucho más que la salvación de la separación de Dios en la que nacimos o de la condenación a la que estamos sentenciados a menos que nos volvamos; la salvación es la llegada del reino de Dios al corazón arrepentido, al corazón que ha reconocido que por naturaleza es parte del pueblo que anda en tinieblas, de los que moran en tierra de sombra de muerte. De hecho, la salvación es además de posible, real,

porque efectivamente “...Él nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de Su Hijo amado” (Colosenses 1:13). ¡Por eso Jesús comenzó Su ministerio predicando el reino de Dios!

EL REINO DE DIOS HABLA DE REY, REINO Y DE REINADO

Después de un tiempo (como dije antes, el Señor ha estado tratando conmigo acerca del reino desde hace muchos meses), Él me empezó a mostrar que la palabra reino implica, incluye, tres realidades: Rey, reino y reinado. Hablar del reino de Dios es hablar de un rey que tiene un reino sobre el cual reina. Las tres realidades: rey, reino y reinado son inseparables.

Hablar del reino de Dios, es hablar de Cristo el Rey sentado en el trono, reinando con todo poder y autoridad en justicia y paz sobre Su territorio, es decir, en el corazón del creyente. Hablar del reino de Dios, es hablar del Rey, Su territorio y el ejercicio de Su autoridad, gobierno y dominio.

Pasados unos días empezaron a aparecer pasajes en mi corazón que describen el reino de Dios relacionados con la entronización del Rey. Pasajes como, “...Dios también Lo exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

Cuando el reino de Dios vino a mi corazón, con el vino Uno que Dios exaltó hasta lo sumo. Cuando fui trasladada al reino del amado Hijo de Dios, fui trasladada al reino de Aquel a quien Dios exaltó, para que mi corazón se incline ante Su presencia y mi boca confiese que Él es el Señor.

¡¡Es que esto es verdad, es absolutamente cierto, las palabras se quedan cortas, no alcanzamos su verdadero significado: Jesucristo fue exaltado hasta lo sumo por el Padre y Él espera que nosotros lo conozcamos así!! Cristo exaltado hasta lo sumo debe ser la realidad que gobierna en el alma del creyente porque Él es Rey. Esto es mucho más que la comprensión de palabras verdaderas, es la descripción de la realidad espiritual que el Padre estableció cuando levantó a Jesucristo de entre los muertos.

De nuevo, cuando el reino de Dios llega a nuestra alma, o como dijimos antes, cuando nacemos de nuevo, con el reino viene Cristo exaltado hasta lo sumo, con un nombre que es sobre todo nombre, sentado a la diestra de Dios “muy por encima de todo principado, autoridad, poder, dominio y de todo nombre que se nombra...” (Efesios 1:20-21). Cuando el reino de Dios llega, con él viene el Rey de gloria. La realidad del Rey en nuestro

corazón debe ser tan alta, profunda, ancha y larga, que nuestra boca no pueda confesar otra cosa que no sea: ¡Jesucristo es el Señor!! ¡Él es el Rey!!

Otro pasaje que apareció en mi corazón fue: *“Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo. Él es el resplandor de Su gloria y la expresión exacta de Su sustancia, y sostiene todas las cosas por la palabra de Su poder. Después de llevar a cabo la purificación de los pecados, el Hijo se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas...”* (Hebreos 1:1-3), en completo reposo y satisfacción del Padre.

¡De pronto vi que esta es una descripción de Cristo como Rey! ¡Qué maravillosa descripción! El Hijo, heredero de todo ya, hacedor del universo, resplandor de la gloria de Dios, expresión exacta de la sustancia de Dios, sustentador de todas las cosas y purificador de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas ya. ¡Qué rey!

He aquí el Rey con quien nada ni nadie se compara. He aquí el Rey, cuyo nombre es sobre todo nombre: Hijo. Él es mayor que los ángeles, que Moisés, que el sacerdocio de Aarón, que cualquier ofrenda del antiguo pacto, etc., etc., etc. ¡Él es mayor que todo lo conocido hasta ese momento! No hay absolutamente nada que ir a buscar al antiguo pacto, Él es su cumplimiento y ahora está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas. El reino de Dios ha llegado y con él Su exaltado Rey, *“...las cosas viejas pasaron, ahora han sido hechas nuevas”* (2 Corintios 5:17)

LAS PARÁBOLAS DEL REINO

Una mañana muy temprano, ni siquiera me había levantado de la cama, me di cuenta de cuánto había predicado Jesús del reino de Dios. Me di cuenta de la gran cantidad de parábolas que Jesús usó como pequeñas descripciones, como detalles muy puntuales acerca del reino de los cielos. Sólo he podido ver algunas cositas, pero quiero compartirlas con ustedes.

Marcos 4:26-29; *“El reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra, y se acuesta de noche y se levanta de día, y la semilla brota y crece; cómo, él no lo sabe. La tierra produce (o es fértil/lleva) fruto por sí misma; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano maduro en la espiga. Y cuando el fruto lo permite (fuere producido), él enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega”*.

La llegada del reino de Dios es semejante a la acción de un hombre que echa semilla en la tierra, espera que brote y crezca, y cuando el fruto está listo lo cosecha. Dios siembra Su semilla en nuestro corazón y al igual que el hombre de la parábola, la siembra con la

intención y la expectativa de que brote y crezca. El punto aquí es, que el reino de Dios fue sembrado en nuestro corazón y ahí se espera que crezca. Es natural, es lógico y es esperable. Primero una hoja, luego una espiga y después una espiga llena de grano maduro. Así debe ser. Algo anormal está sucediendo si la semilla que se siembra no brota y crece. ¿Cierto? Naturalmente hablando eso nos diría que algo anda mal. Cuando el reino de Dios es sembrado en nuestro corazón está perfectamente equipado para brotar y tiene todo el potencial para crecer; para incrementarse según Su género. Finalmente y en su momento, según la parábola, Dios hará la siega, cosechará el incremento de la semilla que sembró, buscará el fruto que esperaba.

Marcos 4:30-32; *“¿A qué compararemos el reino de Dios, o con qué parábola lo describiremos? Es como un grano de mostaza, el cual, cuando se siembra en la tierra, aunque es más pequeño que todas las semillas que hay en la tierra, sin embargo, después de sembrado, crece y llega a ser más grande que todas las hortalizas y echa grandes ramas, tanto que las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra”*.

La parábola compara el reino de Dios con un grano de mostaza, un grano de mostaza que fue sembrado en la tierra de nuestro corazón. Dice también que es la más pequeña de las semillas que hay en la tierra. Lo cual significa, que en la tierra de nuestro corazón hay otras semillas, otras semillas que no son Cristo, e incluso más grandes. Pero el punto es, que el tamaño de la semilla no determina el tamaño del árbol. Dice textualmente, que después de ser sembrado, crece y llega a ser más grande que todas las hortalizas. ¡Por supuesto que sí! ¡Así es el reino de Dios, porque así es el Rey! El reino de Dios tiene que llegar a ser más grande, más fuerte y a estar por encima de todo lo que ya había en nuestro corazón cuando llegó, porque al Rey se le exaltó hasta lo sumo y se le dio un nombre sobre todo nombre que se nombra ahora y siempre. Es posible que su comienzo sea muy pequeño, pero crece y llega a ser grande, con largas ramas y un lugar de habitación.

Sí, el reino de Dios sembrado en nuestro corazón está perfectamente equipado para brotar, tiene el potencial de crecer y hacerse más grande que todo lo que estaba antes en la tierra y que todo lo que brota de las otras semillas. Pero, ¡¡OJO!! El reino de Dios brota, crece y se hace grande cuando Cristo reina.

Para que el reino de Dios sea una experiencia real en nuestros corazones, el Rey tiene que reinar. Puede que el Rey haya llegado a nuestro corazón y esté ahí, como hablamos antes acerca del nuevo nacimiento. Puede que esté en Su territorio, en Su posesión adquirida (en palabras de Pablo), pero si no reina porque la tierra es tan hostil que no le permite brotar y crecer, es como si no estuviera. Si el Rey está en nuestros corazones pero no ejerce Su poder, autoridad y justicia, porque no se lo permitimos entonces no estamos experimentando verdaderamente la llegada del reino, la salvación de Dios. ¡Es importante que entendamos esto!

Cuando Cristo reina, el reino de Dios se extiende como se extiende la levadura en una masa y esparce su propia naturaleza. (Mateo 13:33)

Cuando Cristo reina, es como encontrar un tesoro, un tesoro que estaba escondido en un campo y que un hombre encontró. (Mateo 13:44) O como dice la siguiente parábola, es como la perla de gran precio que un mercader de perlas encontró. (Mateo 13:45-46) ¡Es tal tesoro, es tal perla, es tal reinado, que en ambas cosas los hombres vendieron todo lo que tenían y compraron el campo donde estaba el tesoro o la perla de gran precio! Al parecer, por lo que dice la parábola, el reino de Dios se convirtió en la única posesión de esos hombres. ¡Es tal tesoro, es tal perla, es tal reinado que nada más puede compartir el espacio de nuestro corazón! Sí, cuando uno encuentra el reino de Dios y hace lo necesario para que reine, cuando uno encuentra Su gobierno, Su justicia, Su gracia, Su vida... otro reino deja de gobernar, el reino de las tinieblas deja de gobernar, el reino del yo deja de gobernar.

Cuando Cristo reina, la compasión del Rey se extiende y el perdón es consecuente. (Mateo 18: 21-35). Nuestra relación con los otros miembros del cuerpo es diferente. Por eso fue castigado el siervo del rey que no quiso perdonar a su consiervo, porque contradujo la naturaleza de justicia de su rey.

Cuando Cristo reina, Su vida, Su justicia, Su verdad... Su gobierno es igual para todos en Su reino. (Mateo 21:1-15) Por eso los últimos obreros contratados para trabajar en la viña de aquel hacendado recibieron lo mismo que los contratados desde las primeras horas del día. El reinado del Rey es igual para todos, no lo determina el tiempo que ustedes o yo tengamos de haber nacido de nuevo, lo determina la disposición de nuestro corazón a que Él reine, por eso todos lo experimentamos diferente.

Bien, estos sólo son pequeños pensamientos que vinieron a mi corazón de lo que es el reino de Dios, Su Rey y Su reinado en nuestros corazones. Pero les aseguro hermanos que si ponemos atención, Él nos va a seguir hablando mucho, mucho más.

EL REINO DE DIOS II

REPASO

Estuvimos hablando antes acerca del reino de los cielos o reino de Dios, es lo mismo. Dijimos que la predicación de Juan el Bautista fue: *“Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado”* (Mateo 3:2). Vimos que fue la predicación de Jesús y también la predicación de los discípulos más tarde.

Jesús predicó la llegada del reino de Dios desde el mismo principio de Su ministerio, porque según la profecía de Isaías, la llegada del reino sería la llegada de la luz. Por lo tanto, no habría más oscuridad para el pueblo que andaba en tinieblas, ni para aquellos que moraban en sombra de muerte.

Un pequeño pensamiento de última hora. Juan 1: 4 y 5 dice: *“En Él estaba la vida, y la vida era la Luz de los hombres. La Luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron”*. Bien, en Él está la vida y esa vida es la luz de los hombres, por lo tanto, la llegada de Él a nuestro corazón es la llegada de la luz, y según Isaías la llegada de la luz es la salida de la oscuridad. Sin embargo, unos capítulos más tarde Juan continúa diciendo: *“Y éste es el juicio: que la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la Luz, pues sus acciones eran malas”* (Juan 3:19). Ahora, ¿por qué digo “sin embargo”? Lo que quiero decir sencillamente, es que la llegada de la luz no implica su inmediata completa aceptación en nuestro corazón. Parece ser que la llegada de la luz no siempre produce el efecto de sacar la oscuridad, porque no siempre es lo que los hombres quieren. De acuerdo al versículo, es posible amar más las tinieblas que la luz, porque cuando la luz expone lo que hay en el corazón no queremos dejar esas cosas.

Bien, continuando con el repaso. También señalamos que la palabra *“arrepiéntanse”* se repite una y otra vez, porque la llegada del reino de Dios al corazón del creyente demanda arrepentimiento. Sí, demanda que nos volvamos de las tinieblas a la luz. Demanda la inmediata aceptación de la luz y el rechazo absoluto de las tinieblas. Demanda que nos volvamos del reino en donde el yo tiene lugar y cabida, al reino de Cristo, al reino donde Él es todo en todos, al reino donde decimos con Pablo “ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí”. Demanda arrepentimiento de todo lo que éramos en el reino de las tinieblas para que el reino de la luz se establezca. ¡Por eso y por muchas cosas más, demanda arrepentimiento!

Dijimos también que hablar del reino de Dios es hablar de tres realidades espirituales inseparables: Rey, reino y reinado. Hablar del reino de Dios es hablar de un rey que tiene un reino sobre el cual reina. Hablar del reino de Dios es hablar de Cristo el Rey sentado en el trono, reinando con todo poder y autoridad en justicia y paz sobre Su territorio, es decir, en el corazón del creyente. Hablar del reino de Dios, es hablar del Rey, Su territorio y el ejercicio de Su autoridad, gobierno y dominio.

Y luego comentamos que Cristo es Rey, porque “...Dios Lo exaltó hasta lo sumo, y le confirió el nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, y en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11). Que cuando el reino de Dios vino a mi corazón, con el vino Uno que Dios exaltó hasta lo sumo. Que cuando fui trasladada al reino del amado Hijo de Dios, fui trasladada al reino de Aquel a quien Dios exaltó, para que mi corazón se incline ante Su presencia y mi boca confiese que Él es el Señor. Él ya es Rey, porque el Hijo ya es heredero de todo, es el creador del universo, el resplandor de la gloria de Dios, la expresión exacta de la sustancia de Dios, el sustentador de todas las cosas, purificador de nuestros pecados y está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas ya (Hebreos 1:1-3).

Luego terminamos viendo que Jesús usó muchas parábolas para describir el reino de los cielos. Primero es sembrado y si el Rey reina, brota, crece y se hace la más grande de las hortalizas que hay en el terreno. Si reina se extiende en todo el terreno como se extiende la levadura en la masa y la fermenta toda. Si reina y se extiende llega a ser nuestra única posesión, tan valiosa como un tesoro o como una perla de gran precio. Si reina y se sigue incrementando alcanza la manera en que nos relacionamos con los otros ciudadanos del reino, en compasión y perdón, y experimentamos la naturaleza del reino igual que todos, sin importar cuánto tiempo hayamos pertenecido a él. Todos conoceremos al Rey y experimentaremos Su reinado, desde el menor hasta el mayor.

¿QUÉ PASA SI EL REY NO REINA EN SU REINO?

Bueno, tengo que decir en primer lugar, que si el Rey no reina es porque el reino, la tierra de Su posesión, el alma del creyente no se lo permite, es demasiado hostil a la Semilla de Dios. Es tan dura como el terreno que está junto al camino, no le permite profundizar Sus raíces o La ahoga con las otras semillas que se encuentran ahí. La semilla de Dios tiene todo el potencial de brotar, crecer e incrementarse, pero depende del terreno en que caiga. Eso significa que el reinado de Cristo en el alma del creyente no es ejecuta automáticamente apenas llega a ella. La obra de salvación está consumada, el reino ha llegado, que el Rey reine depende de nuestro corazón.

¿Qué pasa si el Rey no reina en Su reino? Pues no estamos experimentando verdaderamente la salvación de Dios.

Vamos a ver ahora unas poquitas cosas de dos cuadros que nos pintan o nos describen el reinado de Cristo en el alma del creyente; dos reyes, dos reinados: David y Salomón.

EL REINADO DE DAVID

En 1 Samuel leemos sobre el ungimiento de David como rey de Israel. *“Samuel tomó el cuerno de aceite y lo ungió en medio de sus hermanos. Y el Espíritu del Señor vino poderosamente sobre David desde aquel día en adelante”* (1 Samuel 16:13). Este era el rey del cual Dios dijo que era un varón conforme a Su corazón y que haría Su voluntad. (Hechos 13:22). A partir de ese momento y desde la perspectiva de Dios, David era el rey de Israel. *“Mas Saúl estaba temeroso de David, por cuanto Jehová estaba con él, y se había apartado de Saúl”* (1 Samuel 18:12).

Ahora sólo quiero hacer mención de tres cositas que he visto con respecto a lo que sucede si el Rey David (cuadro de Cristo) NO reina. Si Cristo NO reina en nosotros:

- Si Cristo NO reina en nosotros la oscuridad no está siendo sacada y permanece afligiendo nuestro corazón. Si Cristo no reina en nuestro corazón Su luz no está resplandeciendo y nosotros seguimos caminando en tinieblas. Sólo el poder y continuo dominio del Rey ungido por Dios puede contra la oscuridad. ¿Recuerdan qué pasó con Saúl cuando Dios se apartó de él? *“Sucedió que cuando el espíritu de parte de Dios venía a Saúl, David tomaba el arpa, tocaba con su mano, y Saúl se calmaba y se ponía bien, y el espíritu malo se apartaba de él”* (1 Samuel 16:23). Si Cristo NO reina no podemos experimentar verdadera libertad de la oscuridad.
- Si Cristo NO reina en nosotros la incircuncisión no está siendo eliminada, la carne permanece intacta en nuestros corazones con sus pasiones y deseos y se opone al Espíritu. ¿Recuerdan aquel gigante filisteo que durante 40 días, tanto en la mañana como en la tarde desafiaba a Saúl y a su ejército y todos huían con gran temor de él? ¿Recuerdan las palabras de David cuando las oyó? *“Entonces David preguntó a los que estaban junto a él: ¿Qué harán por el hombre que mate a este Filisteo y quite el oprobio de Israel? ¿Quién es este Filisteo incircunciso para desafiar a los escuadrones del Dios viviente?”* (1 Samuel 17:26). ¿Ven el problema? El problema era la presencia de la incircuncisión en la tierra, el oprobio que significaba su permanencia en ella. Si Cristo NO reina en nuestros corazones, reina la carne en su lugar.

- Si Cristo NO reina en nosotros reina el primer rey, y no sólo eso, está tranquilo, no experimenta ninguna amenaza, ni reto; reina según sus propios deseos y temores. Pero cuando Saúl se percató de la aceptación de David entre el pueblo y entre sus mismos siervos, su reinado, el reinado del primer rey consistió únicamente, en perseguir al rey ungido por Dios con la intención de matarlo. ¿Lo ven? No reinaba para el pueblo, reinaba para sí mismo. No puedo dejar pasar este versículo: “...*Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles. Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino*” (1 Samuel 18:7-8, RVR 1960). ¡¡No Saúl, el reino ya es de David!! “...*Y Saúl fue siempre enemigo de David*” (1 Samuel 18:29). Si Cristo NO reina, reina el enemigo de Cristo y experimentamos el reinado egoísta, egocéntrico y ególatra del primer rey, del yo.

Si Cristo NO reina no podemos experimentar la verdadera libertad de la oscuridad en la que la carne tiene cabida, por eso si Cristo NO reina, reina la carne en Su lugar y establece otro reinado, reina el enemigo de Cristo, experimentamos el reinado egoísta, egocéntrico y ególatra del primer rey, del rey lleno de temores e inseguridades...

EL REINADO DE SALOMÓN

En 1 Reyes leemos sobre el ungimiento de Salomón como rey sobre Israel: “*El sacerdote Sadoc tomó el cuerno de aceite de la tienda y ungió a Salomón. Entonces tocaron trompeta, y todo el pueblo gritó: “¡Viva el rey Salomón!” Luego todo el pueblo subió tras él. El pueblo tocaba flautas y se regocijaba con gran alegría, de modo que la tierra se estremecía con su sonido*” (1 Reyes 1:39-40). Me encanta la frase “*de modo que la tierra se estremecía con su sonido*”, porque estremecimiento de alegría es lo que debemos experimentar en nuestras almas con la llegada del Rey, cuando Su reinado de paz y justicia es real en nuestro corazón.

Al igual que con el reinado de David sólo voy a mencionar un par de cositas que he visto con respecto a lo que sucede si el Rey Salomón (cuadro de Cristo) NO reina.

- Si Cristo NO reina en nosotros la casa del Rey no está siendo edificada, la casa del Señor (o lugar de adoración) tampoco, ni la muralla alrededor de Su ciudad. Así lo vemos en Reyes: “...*mientras acababa de edificar su casa, la casa del Señor y la muralla alrededor de Jerusalén...el pueblo sacrificaba en los lugares altos, porque en aquellos días aún no se había edificado casa al nombre del Señor*” (1 Reyes 3:1-2). El siguiente reinado sobre Israel no está sucediendo. Es cierto que David reinó antes de Salomón, pero en nuestra alma ambos aspectos del reinado de Cristo suceden al mismo tiempo. Si Cristo No reina, Salomón no está reinando en los lugares que David le va entregando sin incircuncisión y sin enemigos. El reinado de

Salomón en luz, justicia y paz no es una experiencia de nuestra alma. El reinado de Cristo en nosotros, no es sólo un reinado que saca la carne y vence a los enemigos, debe seguir en continuo incremento con la edificación de la casa del rey, el lugar de adoración y la muralla (cada una de estas realidades espirituales deben ser reveladas por el Espíritu en nosotros). El reinado de Cristo no se acaba, en palabras de Pablo, con el “no yo”, continúa con “sino Cristo en mí”. (Gálatas 2:20) Si Cristo NO reina, la casa de otro está siendo edificada... otra ciudad está siendo amurallada.

- Si Cristo NO reina en nosotros no está obrando la sabiduría de Dios. “...*el Señor se apareció a Salomón de noche en sueños, y Dios le dijo: Pide lo que quieras que Yo te dé. Entonces Salomón le respondió: ... Señor Dios mío, has hecho a Tu siervo rey en lugar de mi padre David, aunque soy un muchacho y no sé cómo salir ni entrar (estoy sin experiencia). Tu siervo está en medio de Tu pueblo al cual escogiste, un pueblo inmenso que no se puede numerar ni contar por su multitud. Da, pues, a Tu siervo un corazón con entendimiento (literalmente “que oiga”) para juzgar a Tu pueblo y para discernir entre el bien y el mal. Pues ¿quién será capaz de juzgar a este pueblo Tuyo tan grande?*” (1 Reyes 3:5-9) Y Dios le dio un corazón sabio y entendido más todo lo que no pidió. Si Cristo no está reinando en nuestros corazones, lo está haciendo otra sabiduría, la que Santiago (Santiago 3:15) llama sabiduría terrenal, sabiduría natural, sabiduría diabólica. Si Cristo NO reina, reina otra sabiduría, mediante la cual jamás Lo conoceremos ni podremos experimentar el reinado de justicia en nosotros. Como dice Pablo en 1 Corintios 1:21 usando la NVI: “...Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana”.
- Y finalmente, si Cristo NO reina en nosotros, sin el reinado del Rey Salomón no hay templo del Señor, no se levante el lugar de adoración, adonde como Él lo había prometido, pondría Su nombre y lo llenaría de Su gloria. “*Entonces Salomón dijo: El Señor ha dicho que El moraría en la densa nube. Ciertamente yo te he edificado una casa majestuosa, un lugar para Tu morada para siempre*” (1 Reyes 8:12-13). Si Cristo NO reina en nuestros corazones, estamos muy lejos de ser los adoradores en espíritu y verdad que el Padre busca que Lo adoren, y sólo adoramos lo que surge de nuestra propia imaginación.

Termino repitiendo las palabras que Jesús predicó desde el mismo comienzo de Su ministerio en la tierra: “*Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado*”.